



DE PUEBLA A BRASIL: LA ENSEÑANZA DE JUAN PABLO II EN AMERICA LATINA

PHILIPPE J. ANDRE-VINCENT

Un viaje del Papa es siempre, en primer lugar, presencia y oración; es también un acontecimiento espiritual palpable, que va acompañado de una gran corriente de afecto y resonancia social; pero reducirlo sólo a estos aspectos, es traicionarlo. Leer los textos de Juan Pablo II a través de una óptica política es perder el sentido de los mismos. Ahora bien, esta interpretación reduccionista ha dominado la prensa, inclusive la católica; y no ha quedado ausente de una reflexión teológica secularizada.

En algunos medios eclesiásticos que se precian de pensar se ha evitado resueltamente prestar atención al «pensamiento del Papa». Sin embargo, este pensamiento es evidente. El conjunto de textos de Juan Pablo II constituye una enseñanza, y ésta es de un alcance relevante: constituye una nueva confirmación del Documento de Puebla y la puesta en obra de sus principios. Como Medellín, Puebla estuvo sometida a la prueba de las interpretaciones. Y ahora disponemos de una regla de interpretación para ese texto del Episcopado latino-americano. En Brasil, Juan Pablo II puso en ejecución el Documento de Puebla. Las palabras del Papa orientarán su lectura.

En estos veinticinco textos encontramos directrices claras para la acción, y ello, a través de un conjunto de verdades contempladas, que se nos entregan bajo la forma plena y calurosa de una predicación que no es menos pastoral que dogmática.

No se ha resaltado bastante el alcance universal de una enseñanza que manifiesta su continuidad con la impartida un mes antes en París y sobre todo con la recibida en Puebla el año anterior. En Río y en São Paulo, Juan Pablo II hablaba para la Iglesia universal y especialmente, a través del Brasil, para toda América Latina. La reunión del CELAM fue la cima de esta enseñanza: a través de los 150 obispos miembros del CELAM presentes en Río el 2 de julio, todo el Episcopado latino-americano recibía la palabra del Papa.

El documento de Puebla, que constituye para el medio latino-americano la norma pastoral común en la década en curso, recibe de ahora en adelante su luz no sólo del discurso del Papa en Puebla sino también de su enseñanza contenida en los veinticinco discursos y homilías pronunciados en Brasil. Si se quiere prestar atención al pensamiento contenido en estos textos, no se podrá dejar fluctuar el Documento de Puebla ante los vientos de interpretaciones al agrado de unos u otros.

¿Podría leerse Puebla bajo la óptica de las teologías de la liberación? Los errores de estas teologías están allí claramente definidos. El Papa hace suyas esas definiciones, y aún añade más. Para alejar toda ambigüedad excluye de modo habitual el lenguaje de la «liberación», este término con peligro de «trampa», que el «Documento» conservó, sin embargo, con el riesgo de ser mal comprendido. Y sobre todo, el Papa desarrolla su enseñanza sobre la base del Evangelio: su teología no parte de la situación política sino de la Verdad Revelada. El hecho de que la evangelización se produzca en la historia no hace que el Evangelio deba ser reinterpretado por la situación histórica; la historia sagrada está inserta en el curso de la historia humana, pero siempre la trasciende. Así, la Iglesia se compromete en las tareas de la sociedad humana, aunque respira más allá, en la Verdad que hace libres. Toda la enseñanza de Juan Pablo II en Brasil puede resumirse en una palabra: esta Verdad que es la Vida de la Iglesia para la salvación eterna de las almas y para la salvación temporal de las sociedades.

Anunciar la Verdad Revelada

El primado de la Verdad Primera es el polo de la enseñanza de Juan Pablo II tanto en Brasil como en Puebla. En Brasil este primado aparece en la Eucaristía. La última estación de la peregrinación pontificia era el Congreso Eucarístico Nacional de Fortaleza: la Eucaristía se invoca ya en las primeras palabras del Santo Padre en tierras brasileñas: «Al celebrar esta primera eucaristía en tierra brasileña al pie de la cruz, quisiera profesar con vosotros la verdad fundamental de la fe y de la vida cristiana: que el sacrificio de la Misa es la renovación incruenta del Santo-Sacrificio ofrecido en la Cruz por Nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia vive de este Sacrificio de la Redención»¹.

El Papa anunciaba el Evangelio en su fuente divina: «el Sacrificio

1. Juan Pablo II en Brasilia, 30 de junio. «Documentation Catholique», 1980, p. 734. Se hará notar aquí las fórmulas dogmáticas del Concilio de Trento («renovación incruenta del Santo Sacrificio ofrecido sobre la cruz...»). El Papa volverá al dogma de Trento al hablar del «Sacrificio de Cristo que se renueva misteriosamente: son el pan y el vino transformados, transubstanciados en el Cuerpo y Sangre del Señor» en Río el 1.º de julio. «Documentation Catholique», p. 741.



de la Misa». Desde la cruz erigida en tierra brasileña por Henrique de Coimbra el 3 de mayo de 1500 hasta la levantada sobre los cimientos de la nueva capital de Brasil el 3 de mayo de 1957, toda la historia de la salvación en este continente se ha alimentado en la misma fuente. La implantación de la Iglesia en el nuevo mundo era el comienzo de una nueva historia humana, de una cultura y de un pueblo: era el rebrote de una historia divina: «La misión de la Iglesia no puede reducirse a lo socio-político sino que consiste en anunciar lo que Dios ha revelado sobre El mismo y sobre el destino del hombre»...². Y Juan Pablo II evoca esta revelación a través de la cruz, «símbolo del sufrimiento que conduce a la gloria», «símbolo de la esperanza». «En la Cruz, Dios ha revelado al hombre la dignidad que él lleva en sí mismo»...³.

La salvación no viene del hombre, sino que es precisamente en él donde aquélla opera, revelándole esta dignidad divina que le ha sido restituida en Cristo. En su Discurso al Presidente de la República (el segundo), Juan Pablo II se refiere al hombre, pero en su verdad, que es inseparable de Dios: «El hombre no puede encerrarse en un callejón sin salida ante la trascendencia —en último análisis, ante Dios—, sin quedar amputado su ser total»⁴.

Con esta imagen de la «amputación» Juan Pablo II ha vuelto a tomar los mismos términos de su discurso de Puebla. En los días siguientes, tomaría de nuevo la idea de que la dimensión religiosa en el hombre es «constitutiva de su ser». Verdad de orden natural, pero que tiene necesidad de revivir en nosotros, de ser iluminada por la Verdad de Cristo Dios y Hombre. El anuncio de esta Verdad primera establece una liberación que no puede confundirse con ninguna otra: la liberación del pecado y de la muerte. Anunciar esta Verdad primera es la primera necesidad de la evangelización, su «contenido esencial»⁵.

A los obispos del CELAM reunidos en Río, a los del CNBB en la última reunión en Fortaleza, Juan Pablo II recordará con insistencia su misión de «maestros de la Verdad». Volviendo sobre su discurso de Puebla les alertará sobre su deber de enseñar «la triple verdad: sobre Jesucristo, sobre la Iglesia, sobre el hombre». Ahora bien, no se enseña la verdad sin denunciar el error: «Estaríamos muy dichosos si los errores y desviaciones en estos tres campos... fueran algo lejano... Vosotros sabéis que no es así. Y por esta razón, el deber crucificante, aunque inevitable, de señalar tales errores con serenidad y firmeza y

2. Juan Pablo II, Brasilia 30 de junio. «Documentation Catholique», 1980, p. 737 a.

3. *Ibidem*.

4. *Ibidem*.

5. Aquí Juan Pablo II recoge los términos de Pablo VI en la «Evangelii Nuntiandi».

de proponer puntualmente a los fieles la verdad, es para todos vosotros un imperativo inmediato y extraordinariamente actual»⁶.

En la enseñanza de las verdades fundamentales no puede existir divergencia: «Sed constantes anunciadores de Jesucristo y de su mensaje... Allí se encuentra el punto más íntimo de comunión entre los obispos. Pueden disentir en relación a opciones temporales y accidentales; pero es imposible que dejen de estar inseparablemente unidos desde el momento en que tratan de cumplir la tarea fundamental del anuncio evangélico de Jesucristo»⁷.

Los errores sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre están denunciados claramente por Puebla, cuyo Documento ha seguido exactamente el discurso del Papa sobre esta enseñanza fundamental. Sin embargo, las fuentes del error no están especificadas en el Documento; y aprovechándose de este silencio se ha llegado a interpretar el texto de Puebla bajo la óptica de ciertas teologías de la liberación. Era pues necesario volver sobre las causas del error. El Papa aporta este complemento al texto, sirviéndose del texto mismo, el cual, sin nombrar las referidas teologías había definido claramente su error. Coge las expresiones de las que se ha servido el Documento para «discernir lo que es una verdadera liberación cristiana... y aquello a lo que recurren las vías de esas ideologías»... La liberación cristiana utiliza «medios evangélicos con su eficacia particular y no ha recurrido a forma alguna de violencia ni a la dialéctica ni a la lucha de clases» (Puebla, n.º 486). Añade el Papa: «ni tampoco a la práctica o al análisis marxista». «Sus consecuencias —prosigue, tomando de nuevo la cita— son la politización total de la existencia cristiana, la disolución del lenguaje de la fe en el de las ciencias sociales y la eliminación de la dimensión trascendente de la salvación cristiana»⁸.

Fundamento divino y humano de la sociedad

La salvaguarda de la «dimensión trascendente» es esencial al anuncio de Jesucristo; y no es menos necesaria a la libertad del cristiano en el mundo y a la verdad de su compromiso social. Este compromiso, por lo demás, se desprende del Evangelio y será un factor de evangelización con la condición de que no se aparte de su fuente y se proteja de toda confusión con las ideologías que tratan de comprometerlo.

La Iglesia no se compromete con la vida de las sociedades mediante una conversión al mundo, como si ella descubriese en el movimiento de

6. En Fortaleza, 10 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 808.

7. Juan Pablo II en Fortaleza, *ibidem*.

8. Juan Pablo II en Río, 2 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 750.

la historia humana la salvación de la humanidad. No, la salvación está en Jesucristo: esta salvación entra en la historia por El; y con El esa salvación se da en todo hombre. Este es el tema de la «Redemptor hominis»: tema subyacente a toda la enseñanza proclamada en Brasil; enseñanza que fundamenta el compromiso social de la Iglesia que está exigido por la verdad del hombre en la Verdad de Cristo.

La Iglesia puede y debe cooperar con los esfuerzos de los hombres en favor de la justicia: los cristianos pueden y deben cooperar con los no cristianos, pero con la condición de tener en común un fin humano verdadero. Ahora bien, los programas de promoción humana abundan, pero, casi siempre «encerrados en un estrecho antropocentrismo», quedan privados de su dimensión religiosa⁹. Desde el comienzo de su viaje, en el discurso al Presidente de la República, Juan Pablo II se sitúa contra esta amputación: reivindica «los derechos y libertades fundamentales de toda persona humana»; la Iglesia defiende los derechos del hombre en su verdad, en su totalidad; del hombre real, no la entelequia de unas ideologías, sino el ser humano tal como existe desde el seno materno hasta la muerte, el hombre que subsiste no en un estado aislado, sino que nace de padre y madre y se desarrolla en una familia, en el seno de una sociedad, de una cultura: reconocerle derechos naturales e inalienables es también reconocerle relaciones naturales fundamentales de familia, trabajo, y todo eso, sobre el fundamento de su relación con Dios que le constituye en su ser.

Esta doctrina social cuyas grandes líneas están perfiladas desde el primer día de su viaje¹⁰ va a desarrollarse en los textos siguientes: y siempre sobre el fundamento divino. «La apertura a Dios» no es un lujo para el hombre; asimismo, «la apertura al otro» es esencial a su vida social; y ella fundamenta «la trascendencia de su ser en relación al mundo»¹¹.

El derecho del hombre se impone a cualquier otro poder humano en virtud de su fundamento divino: se ha manifestado por «el señorío de Dios» que «conduce al descubrimiento de la realidad del hombre». «Si reconocemos el derecho de Dios seremos capaces de reconocer el derecho de los hombres»¹². No se puede ser justo para con Dios sin serlo con los hombres; y no se puede serlo con los hombres sin reconocer a Dios.

La doctrina social que expone Juan Pablo II se coloca en una pers-

9. Juan Pablo II en Brasilia, 30 de junio. «Documentation Catholique», 1980, p. 736 b.

10. En Brasilia, 30 de junio. «Documentation Catholique», 1980, pp. 736-738.

11. En Río, a los hombres de la cultura, 1 de julio. «Documentation Catholique», p. 744 b.

12. En Río, al CELAM, 2 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 749 b.

pectiva de cooperación con los no cristianos: se funda, pues, sobre verdades de orden natural, sobre principios admitidos por todo hombre incluso no creyente, con tal que se guíe por la recta razón. En el centro de la doctrina social, Juan Pablo II pone en evidencia en su enseñanza en Brasil la noción del bien común. Esta noción enriquecida por la herencia del derecho natural clásico es apta para integrar todos los valores espirituales y todos los bienes materiales: es el polo de todo orden justo y el fin de todas las leyes. En la visión del bien común «la sociedad se esfuerza por ser siempre más justa»¹³, pues el bien común es exigencia de justicia y atractivo de amor.

El dinamismo del Evangelio está presente en la realidad del bien común y de manera evidente en un país católico como lo es Brasil. Es en medio de los pobres donde Juan Pablo II ha hecho llamada a esta doctrina del bien común. Y lo ha hecho dirigiéndose desde lo alto de la montaña de los pobres «a aquellos que viven en la abundancia». Desde lo alto de las favelas, en el Vidigal de Río, Juan Pablo II ha proclamado la bienaventuranza de los pobres, pero volviéndose también hacia los ricos que deben liberarse del peso de sus riquezas. Todos están llamados al Reino mediante la conversión: llegando a hacerse «pobres de corazón».

La primera de las bienaventuranzas, la de la pobreza de espíritu, se dirige, como todas las demás, a todo hombre. Para comprenderlo hay que profundizar en su sentido con Juan Pablo II: llegar hasta su profunda significación que es la apertura al otro. No basta para tener el sentido del otro con liberarse de toda riqueza, incluso espiritual; es necesario que esta liberación se haga mediante el reconocimiento del otro, a través del convencimiento de su dependencia respecto del otro, de cualquier otro, con relación a Dios¹⁴. El sentido del otro está en la base misma de la sociedad.

Esta pobreza de espíritu es un estado de comunicación con los otros que tiene lugar en la comunión. El que comulga se despoja de todas las posesiones; poseer esa pobreza no encubre el ser: aparece por el contrario la dignidad fundamental del hombre, «y esta dignidad es más importante que todos los bienes»¹⁵. La dignidad del hombre, a imagen de la de Dios, está en su ser, no en su poseer. Es ésta una verdad de orden natural pero singularmente esclarecida y elevada a una grandeza sobrenatural por la gracia.

Sobre esta dignidad del ser humano se fundamentan los derechos naturales e inalienables del hombre que están en el centro del bien

13. Juan Pablo II a los obreros, São Paulo, 2 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 761.

14. En Río, 2 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 756; en Bahía, 7 de julio, «Documentation Catholique», 1980, p. 788.

15. En São Paulo, 3 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 762.

común. El derecho al trabajo, que es también un deber fundamental, empuja a los pobres a trabajar juntos, a salir de una condición de miseria que es infrahumana: obliga también a los ricos a ayudarles. Y desde lo alto de la favela, en Río, en Bahía, el Papa llama a los ricos a compartir la Bienaventuranza de los pobres cooperando en su promoción¹⁶.

La apertura al otro no es sólo una opción de la persona, es su naturaleza, pertenece al «orden natural de los seres y de los fines». Juan Pablo II dibuja los aspectos concretos de este orden en las relaciones humanas. Los derechos fundamentales descansan al mismo tiempo que los correspondientes deberes sobre las relaciones fundamentales. La bienaventuranza de los pobres pone al desnudo las relaciones naturales que estructuran la familia y el trabajo.

En su discurso a los obreros de São Paulo, Juan Pablo II vuelve al tema familia-trabajo desarrollado en Francia ante los obreros de Saint-Denis. Y siempre, sobre la base de la dignidad del hombre. La dignidad del trabajo consiste en estar al servicio de la vida humana; el trabajador gana la vida de su familia; en su «orgullo», «el orgullo del trabajo»: «Conocéis la dignidad y el orgullo de vuestro propio trabajo, vosotros, que trabajáis para vivir, para vivir mejor, para ganar para vuestras familias el pan de cada día»¹⁷.

Este fin inmediato del trabajo es sagrado, como la vida, de la cual es instrumento. Sin embargo, el trabajo contiene un segundo fin, más vasto y «contenido en la orden dada al primer hombre de poblar la tierra y dominarla» (Gen 1, 28). El trabajo hace a los trabajadores «los colaboradores de Dios en la continuación de la obra de la creación»; además, los asocia a la Redención cuando «lleva a la aceptación de todo lo que hay de penoso, de fatigante, de lacerante en la monotonía diaria»¹⁸. Mediante la unión de sus sufrimientos a los del Salvador, el trabajo les hace «completar lo que falta a la Pasión de Cristo, en su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1, 24). Así, el trabajo edifica la Iglesia en la caridad al igual que a la sociedad humana¹⁹.

De esta manera, el trabajo tiene su sentido y su medida: el trabajo que construye sobre roca: «Construid sobre este fundamento... El hombre sin Dios y sin Cristo construye sobre arena». Sin este fundamento los problemas del trabajo no se plantean en sus verdaderas grandezas y en su justo lugar: se le reduce a dimensiones de un modelo de crecimiento económico del que derivarían automáticamente condiciones de empleo y de salario; se olvidaría que estas condiciones deben responder bajo todo punto a la vida de los trabajadores, a la existencia

16. Discurso en las favelas. Río, 2 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 757; en Bahía, 7 de julio, *ibidem*, p. 789.

17. En São Paulo, 3 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 762 a.

18. En São Paulo, 3 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 763 a.

19. *Ibidem*.

de sus familias: «Esperar que la solución a los problemas del salario, de la previsión social y de las condiciones de trabajo deriven de una especie de crecimiento automático de un orden económico, no es realista y no es admisible»²⁰.

La doctrina social de la Iglesia se refiere al hombre real, no al hombre abstracto de la Declaración de 1789 o al «hombre económico» de los economistas liberales. Reducir el hombre a sus relaciones sociales, sobre la base de relaciones de producción, es otro error: el de la dialéctica materialista, que hace de la historia una «perpetua lucha de clases», que subordina toda actividad política y toda la sociedad a esta lucha que engendra en la violencia «nuevas situaciones de injusticia»; que engendra el odio y la ley del Partido ocupa el lugar del bien común.

Ante los obreros de São Paulo, Juan Pablo II insiste sobre la puesta en guardia contra «las doctrinas o las ideologías que propugnan el odio o la violencia». Es una temible quimera la de «promover la lucha y el odio contra los grupos sociales mediante la utopía de una sociedad sin clases, que se traiciona a sí misma inmediatamente por la creación de nuevas clases»²¹. «No se construye de ningún modo sobre la ausencia del amor, y menos aún sobre un odio que mira a la destrucción del otro» (Se vuelve siempre a la verdad de la Bienaventuranza de los pobres que es «la apertura al otro»)²².

Así, pues, en las enseñanzas en Brasil se precisan las líneas maestras de esta «doctrina social» que Juan Pablo II había proclamado ya en Puebla. Esa doctrina pasaba por conservadora y no válida para esclarecer la vía del progreso; representa, por el contrario, una exigencia de justicia y de desarrollo. Se tenía por anticuada la enseñanza de León XIII y de Pío XII, y Juan Pablo II las hace revivir como una exigencia de progreso. Se consideraba como periclitada la noción de bien común junto a las nociones de ley natural y de derecho natural; recogidas de nuevo por Juan Pablo II, se presentan como el polo del orden social en su dinamismo de justicia y de amor.

Hacia un orden social justo

Juan Pablo II no llega a concretar la forma que deben tomar las estructuras en la organización económica y política de la sociedad. Pertenece a cada nación el definir y realizar concretamente los objetivos

20. *Ibidem*, p. 762 b.

21. En Belo Horizonte, 1 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 740 a.

22. En São Paulo, 3 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 762 a.

del bien común desarrollando las instituciones sobre la base de sus antecedentes históricos y del orden natural. La enseñanza del Papa se sitúa al nivel de los principios y de los fines. El fin primario de la sociedad y del derecho es la justicia con las personas; las estructuras deberán constituir, por ello, un «orden justo»²³. Por eso mismo el orden comporta estabilidad y armonía, v. gr. el orden de los planetas. Igualmente, el orden de los hombres no existe sin una voluntad de justicia —y sin un esfuerzo constante hacia una justicia mayor—. El bien común exige «que el orden que debe regir las relaciones entre los hombres se funde sobre la justicia, que este orden debe ser realizado constantemente en el mundo y que debe siempre ser realizado de nuevo a medida que aumentan las situaciones y los sistemas sociales, a medida que se dan nuevas condiciones y posibilidades económicas, nuevas posibilidades de la técnica y de la producción, y, al mismo tiempo, ante las nuevas posibilidades y necesidades de distribución de los bienes»²⁴.

El principio de justicia pide la difusión de la propiedad, derecho fundamental con su doble finalidad, personal y social²⁵; exige también la participación de los trabajadores en «la elaboración y el control de decisiones que les conciernen a todos los niveles». Y recuerda aquí el Papa la proclamación de León XIII del «derecho natural de asociación» entre los miembros de un mismo cuerpo socio-económico, para «hacer oír su voz, defender sus intereses y contribuir de manera responsable al bien común»²⁶. ¿Cómo se realizará este derecho natural, qué forma tomarán estas asociaciones, cuáles serán las estructuras del sindicalismo? El Papa no se pronuncia sobre estas cuestiones: las soluciones son diversas; las mejores son a menudo irrealizables; pero es inadmisibles el monopolio de la libertad sindical por un Partido, como es la regla en el mundo totalitario, con represión brutal, como sucede en muchos regímenes dictatoriales.

Sobre las cuestiones de estructura intersindical, Juan Pablo II guarda una prudente reserva²⁷: toda vez que el principio de asociación se basa en función del bien común y del orden natural, hay que dejar

23. Idea expresada con insistencia en el discurso en São Paulo a los obreros (3 de julio).

24. São Paulo, 3 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 761 b. Este pasaje es una citación de la homilía en Saint-Denis (31 de mayo).

25. Recife, 7 de julio. «Documentation Catholique», 1980, pp. 790 y 791.

26. São Paulo, 3 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 763, a. Nótese que Juan Pablo II no emplea las palabras «derecho natural de asociación», pero su enseñanza está íntimamente referida a la de León XIII y a la concepción clásica del derecho natural.

27. El pensamiento de Juan Pablo II se muestra aquí en retirada en relación a las posiciones de León XIII o de Pío XI que preconizaban un régimen corporativo; podría explicarse esto por el fracaso contemporáneo de diversas experiencias «fascistas» que ponen por obra el principio corporativo combinándolo con varia-

obrar la creatividad de los responsables sobre esta base. Las estructuras de participación deben elaborarse mediante el concurso de los interesados; y éstas cambian al filo de las contingencias de la vida económica y de las transformaciones sociales. Las estructuras fundamentales que constituyen el ser mismo de la sociedad, tienen un fundamento superior a las voluntades humanas. Así, por ejemplo, la familia, la nación.

La enseñanza social de Juan Pablo II se desarrolla entre dos polos: familia-nación. En continuidad con Puebla y con los discursos de París, el Papa insiste sobre la familia: guardiana de la vida, hogar de la educación; esta «célula fundamental» de la sociedad debe ser defendida contra una agresión generalizada que se desarrolla a nivel de costumbres y leyes²⁸. Y esta defensa no tiene nada de un retroceso estéril sobre sí mismo. La familia no vive sino por la vida y para la vida. Sus funciones vitales no pueden realizarse más que en las comunicaciones, los cambios que necesitan el alimento, la vivienda, y, a través de todo, la educación. Es dentro de la familia donde las necesidades fundamentales del ser humano encuentran su respuesta; pero en la familia abierta, y en ese gran conjunto de familias que es la nación.

La familia es la célula fundamental de la sociedad civil, es también la célula de la sociedad religiosa. Es la «iglesia doméstica»: la parcela de la gran familia que se nutre de la misma Eucaristía²⁹. La familia es el lugar de la catequesis fundamental, «el canal principal por el que se comunica la fe de los padres a los hijos a través de las generaciones»³⁰. La Iglesia es también un gran conjunto de familias. Y es a través de la vida de las familias como ella aporta su servicio a la nación: su testimonio de Verdad y de Amor pasa a la nación por medio de las familias, y se encarna en las comunicaciones humanas que constituyen la cultura.

Es en el seno de las naciones donde se realiza la cultura. Esta necesidad profunda de la naturaleza humana se extiende en un desarrollo interpersonal, que tiene por ley esta cualidad humana que aquélla debe producir en todo hombre sobre la base de su relación al otro, de su relación a Dios. Porque la esencia de la cultura es hacer hombres, y no puede ignorar aquello que constituye la grandeza humana, esa dimen-

das dosis de estatismo. Este principio hoy día no está favorecido por la coyuntura política, dominada por el mito de la democracia, liberal o socialista, y, por la tentación totalitaria.

28. Y hasta de la fe misma: como consecuencia de un «conocimiento insuficiente de las dimensiones sacramentales del matrimonio en el plan de Dios». Juan Pablo II en Río, 1 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 742 b.

29. «La Eucaristía aparece como la reunión de familia de la gran familia de los cristianos». Juan Pablo II en Río, 1 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 741 b.

30. *Ibidem*. «Documentation Catholique», 1980, p. 742 b.

sión espiritual que reside en la relación fundamental con Dios. La cultura se funda en esta relación que es personal a todo hombre y por ello inmanente a la sociedad en su fundamento que es el hombre.

En Brasil, Juan Pablo II ha desarrollado este aspecto fundamental de la cultura, abordado ya en profundidad desde su viaje a Francia³¹. El fundamento religioso es visible en la historia de Brasil como en la de Francia, como también, por otra parte, a través de la historia de todos los países que han recibido el Evangelio. La evangelización ha producido frutos de cultura provocando un desarrollo nuevo de costumbres y de valores. Y este desarrollo comienza con cada bautismo, sacramento que establece en cada hombre una «alianza interior con Dios». Cuando la evangelización se extiende a toda una nación, aparece entonces la Alianza de esta nación con Dios, que enseña a los pueblos a través de su Espíritu: una «Alianza con la Sabiduría Eterna»³². Esta doctrina formulada por Juan Pablo II en Francia recibe en América Latina una ejemplaridad nueva. Brasil ofrece el rostro más expresivo de este continente esencialmente pluriracial: allí se da la unidad en la pluralidad, la «convivencia» en la diversidad, que es la ley de ese mundo mestizo. Las culturas de negros, blancos, o indios, conviven allí en simbiosis. La fe católica está en la base de esta rica unidad.

La fe católica ha mostrado en América Latina su capacidad para integrar culturas tan diferentes como la del imperio quechua y la de las tribus guaraníes. África y Europa —diríase— conviven con América en el conglomerado humano de Brasil; y las culturas de Dahomey y del Congo se compenetran con la del Amazonas dentro de la convivencia católica de Brasil. Evangelizar las culturas es una tarea de prolongado esfuerzo. Estas evolucionan lentamente, aunque es necesaria su evolución, y ello sobre el fundamento de esa naturaleza que les es común. El pluralismo no es la suprema ley: aquél tiene un polo de unidad, que es el hombre. La pluralidad de culturas se enriquece con la propagación de la unidad. Sería muy equivocado querer invocar el pluralismo para ocultar el resplandor de la Verdad en el amor misionero³³. La «convivencia» de las culturas descansa sobre el fundamento

31. Esta dimensión divina de la cultura es abordada, en diversos pasajes. Véase la homilía en Le Bourget, 1 de junio. «Documentation Catholique», 1980, pp. 584-85; en la UNESCO, 2 de junio. «Documentation Catholique», 1980, pp. 605 y 606.

32. Le Bourget, París, 1 de junio. «Documentation Catholique», 1980, p. 585. Igualmente, en Río, 1 de julio. «Documentation Catholique», 1980, pp. 744 b y 745.

33. «Reconocer a pesar de todo esta pluralidad no dispensa de afirmar la base necesaria, los principios indiscutibles que deben sostener toda actividad orientada hacia la construcción de una sociedad que debe responder a las exigencias del hombre, tanto al nivel de bienes materiales como de bienes espirituales y religiosos; una sociedad fundada sobre un sistema de valores que la defiende contra las manipulaciones del egoísmo individual o colectivo», Bahía, 6 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 776 b.

de todo derecho humano y de toda sociedad, a saber, la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre³⁴.

En Brasil, Juan Pablo II ha desarrollado su enseñanza en Puebla sobre el fundamento divino de la sociedad humana. La religión, relación de la persona humana con Dios, es la verdad primera del hombre, la dimensión fundamental de su existencia. La importancia de la libertad religiosa deriva de la verdad religiosa que la fundamenta al igual que a todas las libertades humanas en la sociedad. Es sobre esta verdad primera sobre la que insiste Juan Pablo II al desarrollar las líneas de la doctrina social alrededor del eje de la evangelización.

Testimonio de la Verdad en la Unidad

En Brasil como en Puebla, la evangelización domina la enseñanza del Papa. Y lo que domina la evangelización es la verdad que la Iglesia debe al mundo: la Verdad sobre Dios, la verdad sobre el hombre, la verdad sobre la Iglesia misma. Los obispos, unidos al Papa, son los maestros en la enseñanza de esta triple verdad³⁵. Y toda la Iglesia da de ella testimonio en la rica pluralidad de su unidad. En Río, en su discurso a los 150 obispos del CELAM venidos de todos los países de América Latina, el Papa predica la unidad en la Iglesia: «...cuanto más graves son los problemas, más profunda debe ser la unidad con el Jefe visible de la Iglesia y entre los mismos pastores». Ahora bien, esta unidad no parte de las voluntades humanas sino de Dios: «del misterio de la Iglesia construida por la voluntad del Padre por mediación de la obra redentora del Hijo en el Espíritu»³⁶. La Iglesia nace en medio del pueblo: pero no nace del pueblo.

Al Papa y a los obispos unidos a él ha sido confiada la grave responsabilidad de proteger eficazmente esta unidad en la fe verdadera. Proclamar la fe es el «primer servicio» al que se debe la Iglesia: proclamar y dar testimonio de ellas en la Unidad, alimentada por «la Caridad que brota de la Eucaristía, raíz y eje de la comunidad cristiana, signo y causa de la unidad»³⁷.

Esta Unidad de la Iglesia, que tiene su fuente en el Santísimo Sacramento, es comunión de los obispos entre ellos, y con sus cooperadores, sacerdotes, religiosos y laicos, en la unión de cada uno con todos según el orden de la jerarquía. Esta Unidad es también una enseñanza

34. Bahía, *ibidem*, pp. 776 y 777. Lo mismo en Brasilia, 30 de junio. «Documentation Catholique», 1980, p. 737; en Río, 1 de julio, «Documentation Catholique», p. 744 b.

35. Río, 2 de julio, al CELAM. «Documentation Catholique», 1980, p. 749 a.

36. *Ibidem*, p. 746.

37. Río, 2 de julio, al CELAM. «Documentation Catholique», 1980, p. 746.

cuya fuente es la Palabra de Dios, «Palabra eficaz» para construir el Cuerpo de Cristo y también para el mundo nuevo que hay que construir sobre el fundamento de Cristo. Al venir de la Unidad de la Iglesia, esta palabra será fuente de unidad: ha sido «en América Latina el factor más poderoso de unidad y de reencuentro entre los pueblos»³⁸.

Este servicio de Unidad, lejos de encerrar a la Iglesia en ella misma, la obliga a difundir el Mensaje de Cristo en el mundo. En Río no menos que en Puebla, Juan Pablo II insiste sobre el compromiso social de la Iglesia. La caridad clama por una justicia mejor. La Verdad del Evangelio ilumina las exigencias del bien común. Los laicos son los responsables mayores de la vida política; los clérigos, los obispos, tienen los deberes y los derechos de un ciudadano; sin embargo, cuidarán de no comprometer su autoridad en las luchas sobre el Poder, incluso si esa autoridad deben ejercerla frente a los poderosos para defender a los hombres³⁹.

Si es tarea de los obispos «pronunciar a veces una palabra crítica, sobre todo en un servicio colegiado hacia el bien común», una «estricta y rigurosa oportunidad» debe presidir siempre sus intervenciones; de esta forma «al hablar desde el interior de un respeto debido a las instancias legítimas, la voz de la Iglesia interpela las conciencias, protege a las personas y a su libertad y reclama las reformas necesarias»⁴⁰.

Al evocar «el respeto debido a instancias legítimas», Juan Pablo II recordaba la doctrina tradicional contenida en las fuentes del Evangelio y en San Pablo: doctrina válida para todos los cristianos. Hablando a los obispos, el Papa añadiría el cuidado que deben tener de preservar su misión específica: el bien común temporal no da la medida del mensaje de Jesucristo. Los apóstoles de Cristo deben guardarse del peligro de confusión de su Mensaje con las opciones temporales. Y así, Juan Pablo II reafirma: «No somos expertos en política o en economía; no somos 'líderes' en relación a una empresa temporal cualquiera que sea, sino que somos ministros del Evangelio»⁴¹.

Esta reserva política va acompañada de un vigoroso compromiso social. Pero se sitúa a nivel de los «grandes valores humanos» contemplados en «la verdadera dignidad del hombre, hijo e imagen de Dios» El Evangelio hace ver esta dignidad en aquellos que están aparentemente más desprovistos de ella en su jerarquía social; y hace un llamamiento

38. *Ibidem*, p. 749.

39. Río. «Documentation Catholique», 1980, p. 748 a.

40. *Ibidem*, p. 748 b.

41. Esta antítesis de lo social y la política es rica en enseñanza: la política es el objeto del poder, y la política, en la perspectiva contemporánea de la democracia, es el juego de un poder abierto a las luchas de partidos o encerrado en estas luchas por el partido único; lo social se presenta en otro nivel de relaciones humanas, como el de la vida de las familias, de la organización del trabajo, de estructuras que perduran a través de los juegos de la política.

a todo hombre para descubrirla en todo, y revestirse con un «corazón de pobre», buscando toda riqueza no en el poseer que nos encierra en nosotros mismos, sino en nuestro ser que nos abre al otro, a todos los demás.

De esta manera, la opción por los pobres no es exclusiva sino universal. El «programa social» que de aquí se deriva, iluminado por el «magisterio social de la Iglesia», tendrá dimensiones de «reformas audaces» que reclama el bien común; no se encerrará en la lucha de clases. La «pastoral social» que encierra un tal programa, no es la que consistiría en enrolarse en luchas de partidos o en opciones de grupos o de sistemas. Por ello los pastores permanecerán como verdaderos educadores en la fe, como guías seguros, y animadores espirituales⁴².

En sus últimas palabras a los obispos reunidos en Fortaleza, el Papa subraya la reserva debida, especialmente por los religiosos, con respecto a las tareas temporales y el grave peligro que les amenaza en «los compromisos políticos», que no les sirven ni a ellos mismos, por el hecho de que les llevan a la pérdida de su identidad; ni a la Iglesia, que queda empobrecida por la pérdida de una de sus dimensiones esenciales, ni al mundo ni a la sociedad...»⁴³. Esta puesta en guardia vuelve a entroncar con la dirigida a los sacerdotes y a los obispos (en Río y en São Paulo), a los laicos a través de los CEB que a veces se han dejado politizar y manipular por «intereses claramente políticos»⁴⁴. En Manaos, en su última intervención, el Papa insistirá una vez más en poner en guardia contra los peligros del compromiso, dirigiéndose a los misioneros: que su acción en favor de la promoción material de las personas no sea realizada a expensas de su «actividad estrictamente religiosa»⁴⁵.

Tanto en Brasil como en Puebla, la enseñanza de Juan Pablo II es a la vez una vuelta al Evangelio y un compromiso misionero. En la Bienaventuranza de los «pobres de corazón» se encuentra el secreto de la más pura espiritualidad y del más profundo compromiso social. El movimiento de evangelización encuentra su regla en su fuente: la Verdad que libera de la muerte y del pecado, la Verdad de la Encarnación Redentora. En esta Verdad primera aparece toda la Verdad sobre el hombre y toda su dignidad. Ahora bien, esta dignidad divina es el fundamento de sus derechos naturales inalienables que constituyen el centro del bien común, el eje del movimiento de la sociedad.

¿Qué aporta, pues, de nuevo la enseñanza del Papa en Brasil? Una conciencia más precisa de la Unidad en la Iglesia y en el orden

42. Fortaleza, 10 de julio. «Documentation Catholique», 1980, pp. 803 b y 804 a.

43. Fortaleza, 10 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 804 a.

44. Río, 2 de julio. «Documentation Catholique», 1980, p. 750 b.

45. Manaus, 11 de julio. «Documentation Catholique», p. 807 a.

social y, al mismo tiempo, de la pluralidad que constituye su riqueza. La Unidad católica rechaza el pluralismo erigido en principio de verdad porque la Verdad es ella misma el principio de un sano pluralismo: la Verdad muestra la Unidad en la pluralidad, dentro de la Trinidad y en el átomo. En la Iglesia como en la Trinidad la Unidad es comunión de Amor en la Verdad: comunión de Amor Redentor, Verdad de la Encarnación Redentora. La enseñanza central de la «Redemptor hominis» y de la «Dives in misericordia» está en el fondo de las enseñanzas de Puebla y de Río.

El hombre está, pues, en el centro de estas enseñanzas. En Río, después de Brasilia, y en Bahía después de São Paulo, el hombre aparece siempre más abierto a Dios en la íntima dependencia que le crea, le salva, y le constituye en sus derechos fundamentales en el seno de las sociedades humanas: el hombre en su dignidad recuperada de hijo de Dios.